

logró por la fuerza hacer prevalecer lo que llamaba su «derecho». Toda la península Ibérica tuvo que reconocer el mismo soberano, y por ese mismo hecho las inmensas posesiones mundiales del Oriente y del Occidente, todas las Indias del Antiguo y del Nuevo Mundo, todas las tierras de la parte de acá y de allá que separaba el famoso meridiano de Alejandro VI, que dividía el planeta en dos mitades, todo eso vino á ser el dominio incontestado del fraile del Escorial, y la consecuencia fatal fué que se aumentaron sus dificultades.

¿Dónde comenzaba y dónde acababa su imperio? Todos lo ignoraban, y el pretendido amo, perdido en el orgullo insensato de su poder divino, lo sabía menos todavía. Durante el primer período de locura heroica, en los tiempos del descubrimiento y de la conquista, todo parecía fácil y lo era realmente, hallándose los conquistadores impulsados como por una especie de delirio y marchando en la plena iniciativa de su voluntad. Pero cuando llegó la hora de poner en movimiento aquella inmensa máquina, notóse que faltaba el punto de apoyo. Ni Sevilla ni Madrid podían levantar el brazo de palanca que se extendía hasta las extremidades del mundo; pasábanse años antes que una noticia, que podía ser mal comprendida, llegara de América ó de las Filipinas, que tal ó cual orden se transmitiera á capitanes, que quizá ya habían muerto. Como decía un historiador del siglo XVII, «es un barco difícil de gobernar el que tiene su popa en el Océano Atlántico y su proa en el mar de las Indias».

El fin del reinado de Felipe II, que fué al mismo tiempo el fin del siglo, reunió el aspecto de la omnipotencia á una decadencia lamentable. Del mismo modo que en una época anterior el papa Adriano IV regaló Irlanda al rey Enrique II, enviándole la piedra de esmeralda simbólica, así también Sixto V confirió aquel reino á su bien amado hijo Felipe II (1587); mas, para hacer efectivo el presente, hubiera sido preciso transformar el donatario en hombre de voluntad y de acción, arrancarle á sus oraciones y á sus genuflexiones de irresoluto y darle el dominio de las tempestades. Los escasos tercios de Españoles que envió para sostener á los insurrectos irlandeses sólo pudieron hacer inútiles campañas de partidarios; después, la formidable flota, la Armada por excelencia, que comprendía 131 navíos de guerra, montados por 7,000 marineros y 17,000 soldados,

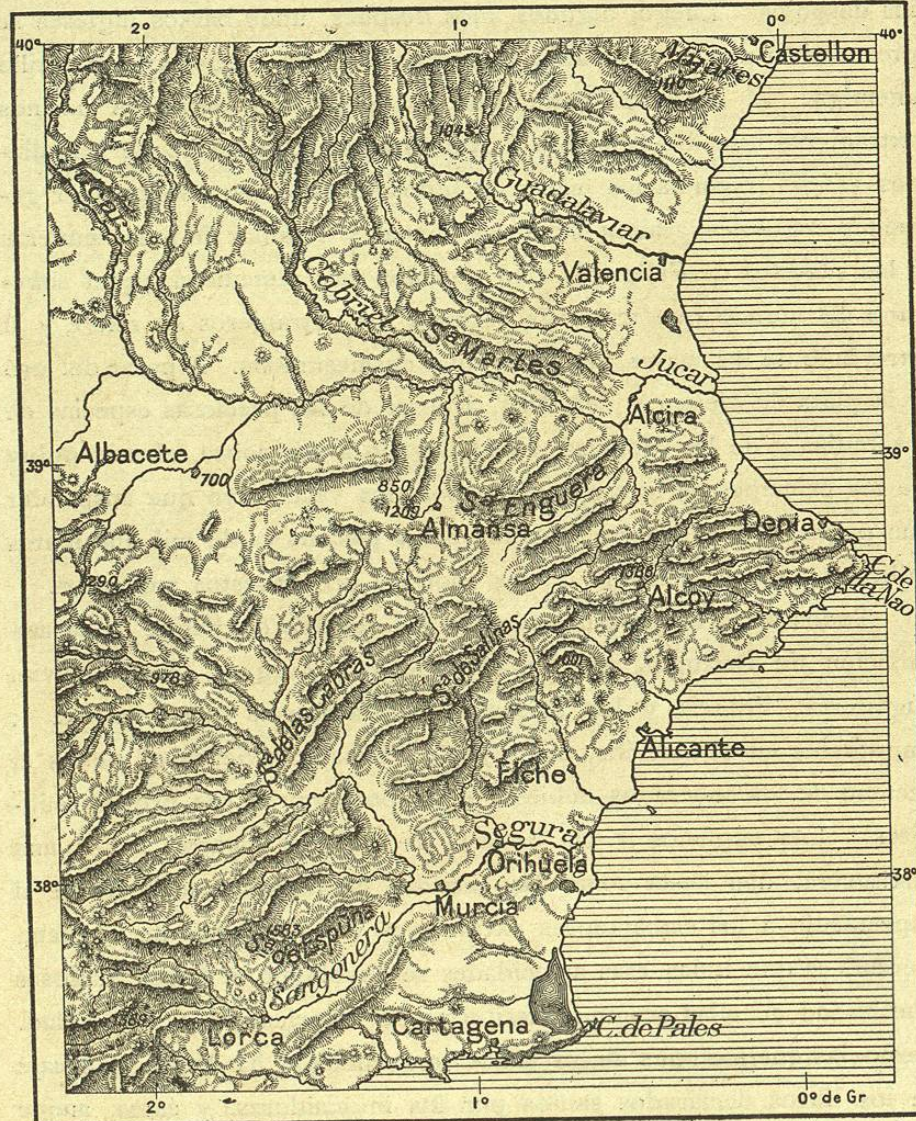
se dispersó casi sin choque, como ridículo juguete de los vientos y de las olas: desde los arrecifes de la Mancha hasta los del mar de Irlanda y de las Hébridas todo el litoral se cubrió de restos de las galeras rotas; los 25 navíos de Isabel sólo se ocuparon en recoger los despojos. Luego, algunos años después, unos barcos ingleses se presentaron por bravata ante el puerto de Cádiz á quemar una flotilla enemiga. El corsario Drake, que fué el primero entre los marinos extranjeros que dió la vuelta á América por el estrecho de Magallanes (1578), recorría los mares en todos sentidos para sorprender galeones españoles, asaltar fortalezas lejanas y humillar de todas maneras á los súbditos de Felipe II. No quedaba más remedio á aquel soberano del mundo que tratar de cerrar á los extranjeros su reino, y al otro lado de los mares, sus posesiones desmesuradas. A pesar del oro y la plata de Méjico y del Perú, á pesar de las preciosas especias de las Indias y de las Molucas, había llegado á ser pobre, el más pobre de los príncipes de la cristiandad; por dos veces tuvo que suspender sus pagos, y á su muerte la deuda había pasado ya de mil quinientos millones; era el principio de los enormes presupuestos modernos.

Todos los grandes pensamientos del reinado de Felipe II, la asimilación de Portugal, sus tentativas contra Turquía, Escandinavia, Inglaterra, Francia y los Países Bajos fracasaron sucesivamente¹; impotentes en el exterior, los reyes de España tuvieron al menos el recurso de los soberanos débiles, el de perseguir á sus propios súbditos. Los suplicios y las quemas de herejes llegaron á ser una institución, una fiesta como las corridas de toros, y solía darse el espectáculo á los embajadores extranjeros y á las damas de la corte. Verdad es que todas esas atrocidades se envolvían en frases piadosas que hacían de ellas acciones meritorias de misericordia y de bondad. Pero «las compasiones de los malos son crueles», ha dicho un pasaje de los libros declarados santos por los inquisidores, y éstos, mejor que los demás hombres del mundo, han probado por su conducta cuán horriblemente verdaderas son esas palabras. Así era como, suprema hipocresía, la santa cofradía entregaba los supuestos culpables al brazo secular, «para que fuesen castigados todo lo caritativa-

¹ Victor Duruy, *Histoire de l'Europe*.

mente posible sin efusión de sangre»: tal era el suave eufemismo empleado para indicar la muerte en la hoguera.

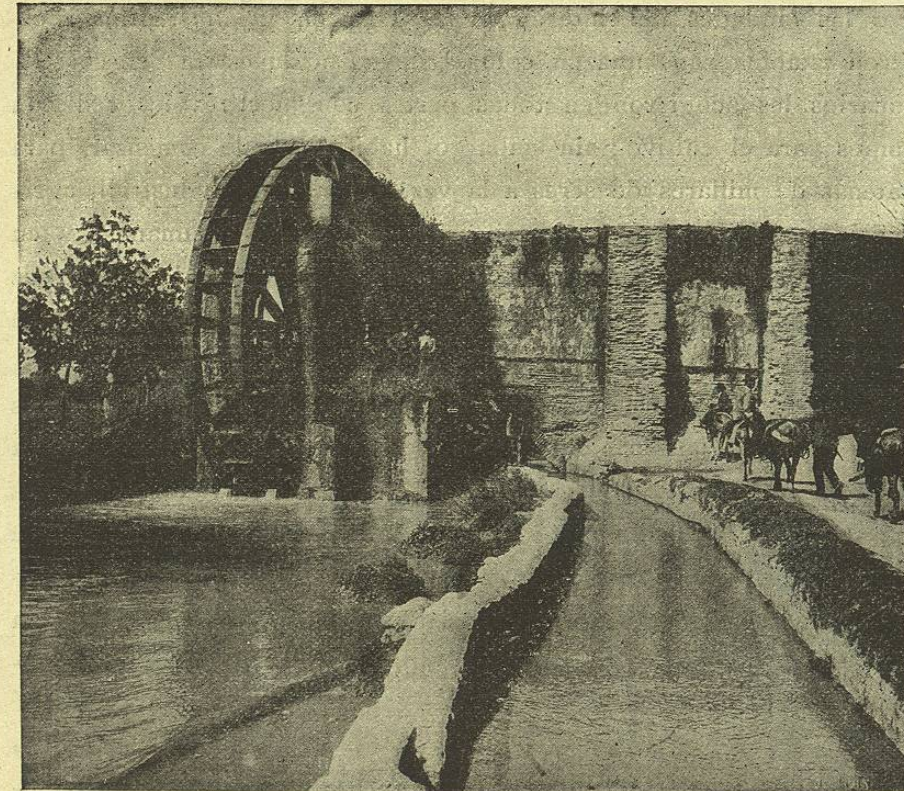
N.º 383. Campiñas de Murcia y de Valencia.



1: 2 000 000
0 25 50 100 Kil.

La población de España parece haber disminuído durante el reinado de Felipe II: dicese que los diez millones de habitantes que existían en la península á la mitad del siglo XVI, en los cincuenta

años siguientes disminuyeron más de millón y medio. Era urgente pensar en la repoblación del reino, y, en efecto, se publicaron edictos para introducir agricultores laboriosos y restaurar la industria del suelo; pero ¡qué podían significar semejantes decretos, cuando en 1609 una ordenanza de «gracia» desterró unos ochocientos mil indi-



Cl. J. Kuhn, edit.

NORIA QUE SIRVE PARA EL RIEGO EN LAS INMEDIACIONES DE MURCIA

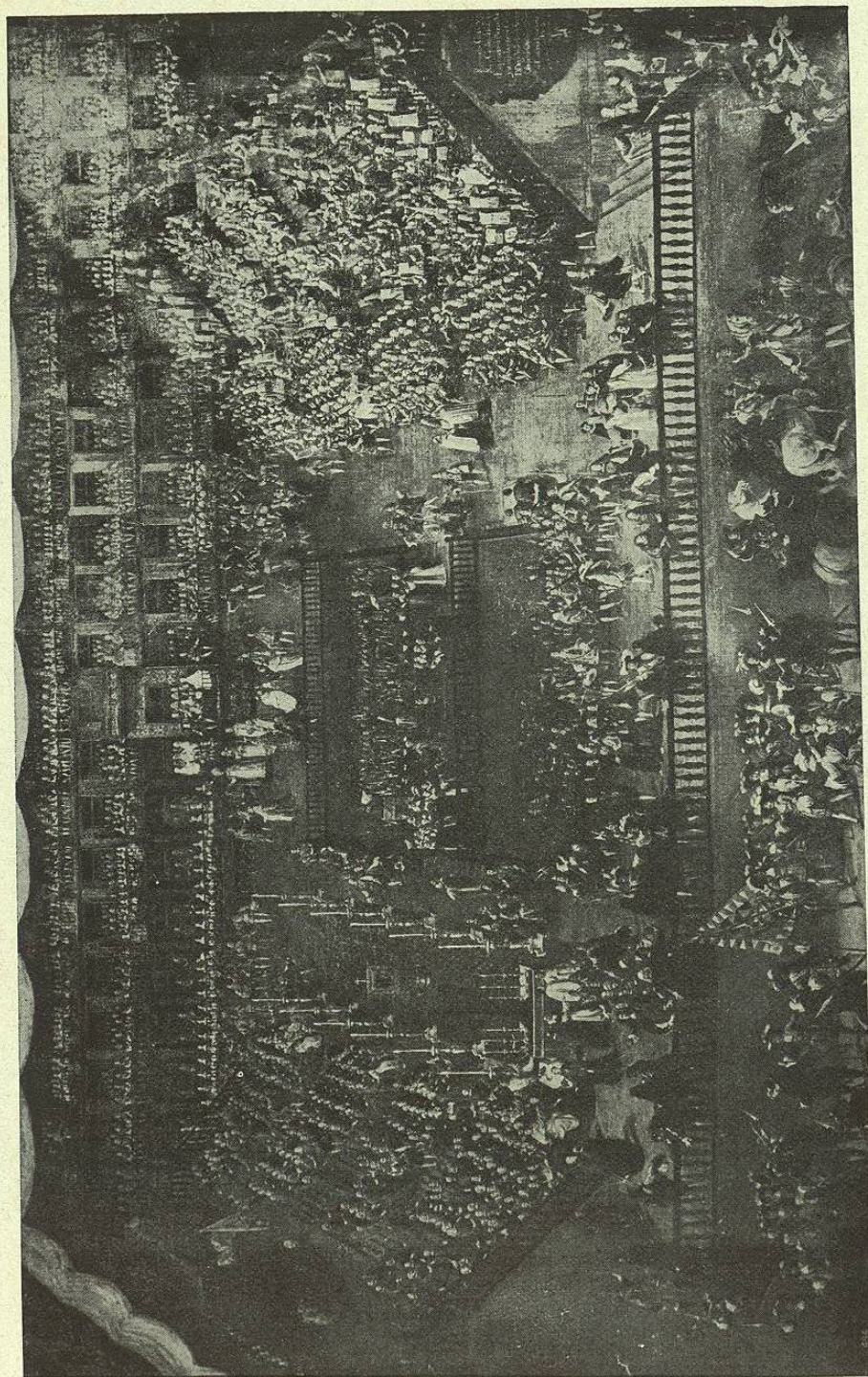
viduos, todos los Moros que no se habían convertido aún al catolicismo, ó aquellos cuya sinceridad de fe cristiana parecía sospechosa! Aquello fué un desastre absoluto: ciertas regiones de Andalucía y de las campiñas de Valencia y de Murcia fueron completamente devastadas. Todos los grandes trabajos hidráulicos para el riego de valles y llanuras habían sido realizados por los Moros, hasta desde la época de la dominación castellana: el gran dique de Almansa, sobre un afluente del Júcar, data de 1506, los de Elche y Alicante, del final del siglo XVI. Todas esas bellas construcciones que han

resistido admirablemente el asalto de las crecidas torrenciales fueron, es cierto, respetadas y hasta utilizadas por los cristianos, pero ningún trabajo nuevo vino á mejorar el sistema de los riegos árabes.

Los desterrados tuvieron suerte varia en sus numerosos lugares de destierro del África menor. La mayor parte se detuvieron en las ciudades del litoral de la Mauritania, entre Mogador y Trípoli, pero las ciudades del interior, Fez, Tlemcen y Constantina recibieron también cada una su colonia de «Andaluces». Sus correligionarios les acogieron en todas partes con afecto y les cedieron campos para el cultivo; sin embargo, habiéndose de comenzar, para centenas de millares de seres á la vez, la actividad industrial, agrícola y social, resultó una gran pérdida de vidas humanas, y en conjunto, no parece que los recién llegados llevaran al país de sus antepasados bereberes elementos de civilización superior, sino que se perdieron poco á poco en el medio de los musulmanes africanos, conservándose, no obstante, distribuidos en distintos puntos, grupos separados que se transmiten con fidelidad las bellas leyendas de la comarca perdida. El odio al «Roumi» se ha conservado entre ellos más ardiente, más rudo que el de los indígenas de Marruecos ó de Argelia. Un viajero, residente recientemente en Fez, habla con emoción de ese sentimiento de fría repulsión, desdeñosa, implacable, con que le miraban, como hijo de cristiano, los hijos de los Moros expulsados por Felipe II¹.

En cada efecto se hallan las causas, lo mismo que las causas en su mezcla infinita producen consecuencias análogas. Admira haber de consignarse que España, aunque disminuyendo muy rápidamente en población, en prosperidad material, y no teniendo, aparte de sus sacerdotes, de sus soldados y de sus funcionarios, más que vagabundos y mendigos, tuviese todavía en aquel período de decadencia una admirable floración de escritores y de artistas. Muchos de los primeros entre los Españoles y aun entre los hombres de todos los tiempos, Cervantes, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Antonio de Herrera, Ribera, Zurbarán, Velázquez, Murillo y Camoens pertenecen á esa lamentable época de opresión en la que algunos de

¹ Ed. Ditté, *Questions diplomatiques et coloniales*, 1901.



Cl. J. Kuhn, edit.

FRANCESCO RIZI — UN AUTO DE FEZ — MUSEO DE MADRID

esos personajes hubieron de rebajarse hasta convertirse en «familiares», es decir, polizontes de la Inquisición. Aunque manchados por el ejercicio de semejante oficio, esos hombres fueron grandes, merced á que el impulso recibido durante la generación precedente, cuando España apareció de súbito la primera entre las naciones y se realizaron los prodigios del descubrimiento del Nuevo Mundo, había bastado para producir hasta en el siglo siguiente toda una pléyade de genios que tenían la fiereza, el lenguaje y el porte dignos de la raza; consciente de su antiguo heroísmo, tantas veces probado, la Iberia celebraba, una vez pasado y hasta en un siglo de rebajamiento, todo lo que había querido, realizado y presentido de grande y de bello.

En el momento en que, sintiéndose morir, se erguía el pueblo en su más noble actitud, cantaba su himno de gloria, que se oye aún y resuena de edad en edad. Durante aquella gran época de su literatura, el genio de España se desbordó con mucho de las fronteras políticas, y Francia é Inglaterra recibieron gran parte de su vida intelectual. Rotrou, Corneille, Beaumont y Flechter, Marlowe y hasta el poderoso Shakespeare deben al menos una chispa á la llama que ardía entonces al sud de los Pirineos.

Por lo demás, mientras que la nación madre degeneraba, los hijos que había enviado al otro lado de los mares continuaban sus expediciones fabulosas en los países lejanos del ensueño, sin tutela, sin dirección venida del Escorial. Por la fuerza de las cosas los Cortés, los Pizarro, los Almagro, separados de la madre patria por meses, hasta por años de navegación, no podían contar más que con su propia iniciativa, y marchaban adelante á su capricho. Si hubieran tenido que obedecer al mandato del rey, hubieran esperado, contemporizado y descifrado largos despachos contradictorios, pero no hubieran conquistado Méjico ni Perú, dejando á otros aquel prodigioso botín. En tanto que la voluntad real no logró transformar todos los héroes del Nuevo Mundo en sumisos y tímidos vasallos, un poco de libertad ennoblecía todavía á España, y quizá los hombres independientes que no la habían abandonado aún, sentían una venganza suficiente al considerarse hermanos de los conquistadores libres en sus acciones al otro lado de los mares, que se burlaban de los edictos lanzados contra ellos.